

## SAN LUIS POTOSI Y LA BATALLA DE LA ANGOSTURA.

(Escrito el 23 de febrero de 1897.)

Voy á consagrar un recuerdo á las glorias nacionales, y á pedir á la generación viviente potosina, un voto de gratitud y de bendición para la que ya no existe.

No se trata del aniversario de un suceso, sino de una serie de hechos de abnegación y patriotismo,

Sería hacer este artículo de grandes dimensiones, si refiriera detalladamente las causas que motivaron la injusta guerra que nos trajo el invasor americano.

Baste saber que desde que los Estados Unidos se hicieron independientes, tuvieron el proyecto de ensanchar su territorio, y para lograrlo no se pararon nunca en los medios por más reprobados que fueran.

Han absorbido territorios pertenecientes á Inglaterra, á Francia, á España y á México, empleando para conseguirlo, la compra, la usurpación, la astucia y la fuerza.

Así han podido apoderarse de la Luisiana, las Floridas, el Oregón, Texas, Nuevo México, California y la Mesilla.

Desde fines del siglo pasado tenían fija su mirada en el territorio de Texas, y aprovechando las disensiones políticas de México, hicieron que los colonos proclamaran su separación de la República, con el pretexto de que había desaparecido el sistema federal bajo el cual se había organizado la colonia. México no pudo reducirlos á la obe-

diencia del Gobierno, formaron su republiquita y al poco tiempo pidieron su anexión á los Estados Unidos.

Todo esto era efecto de las intrigas del gabinete de la Casa Blanca, y el resultado fué que se declarara la guerra entre México y los Estados Unidos.

No es mi ánimo recordar desde los primeros encuentros de los dos ejércitos beligerantes, mi propósito es hacer una ligera reminiscencia de los sacrificios que hizo nuestro Estado para la formación y manutención del numeroso ejército con que el General Santa Anna libró la inolvidable batalla de la Angostura, hace hoy cincuenta años.

Después de las desgraciadas acciones de guerra de Palo Alto y la Resaca de Guerrero, y del ataque y capitulación de la plaza de Monterrey, el General D. Pedro Ampudia se retiró para el interior de la República con los restos del ejército del Norte.

El Gobierno Mexicano creyó, como era natural, que el ejército invasor seguiría su marcha triunfal en dirección del Saltillo y San Luis Potosí, y dictó las disposiciones convenientes para oponerle la debida resistencia.

\*\*

Era el 14 de octubre de 1846. Inmenso gentío se veía en todas las calles de la ciudad. No habían quedado en las casas mas que los enfermos ó algún anciano ó criado encargado de cuidarlas. De todos los barrios y de los pueblos suburbios, se dirigía la gente en tropel rumbo al Sur de la ciudad, invadiendo como un torrente las calles de la Cruz, de la Concepción y del Arenal.

Las pocas familias que tenían una calesa ó un coche á la bombé de sopandas; los ricos, los dependientes de casas de comercio, los hombres de campo y todos los que pudieron conseguir en alquiler un carretón, una cabalgadura, bien fuera un flaco caballo, una mula pasmada ó un pacífico asno, avanzaron hasta Pozos ó la Pila, y la gente de á pié hasta las últimas casas de la Villa de San Sebastián. ¿A dónde iba aquella multitud tan alegre y presurosa, prorrumpiendo en entusiastas vivas á la Patria?

Iba á encontrar al ejército mexicano, que se dirigía á la frontera del Norte á combatir con el invasor extranjero.

Venia á la cabeza de ese ejército el mutilado de Veracruz, aquel Gral. calavera que en 1823 mandó acribillar á

balazos á los naturales de Santiago del Río y de Tlaxcala, pero que algunas decenas de los soldados veracruzanos pagaron con sus vidas el atolondramiento de su jefe, quedando regados sus cadáveres en las calles de aquellas villas, ó sirviendo de relleno á los pozos de las huertas.

El Gral. Santa Anna, que es á quién me refiero, era profundamente odiado por el pueblo de San Luis, á causa de los sucesos del citado año, pero en 1846 ya habia aprendido algo en el sabio libro de la experiencia, y no quiso llegar á las puertas de la ciudad, sin buscar la reconciliación con ese pueblo y pedirle que olvidara los errores de su juventud.

Así lo hizo, dirigiendo una proclama á los potosinos desde la ciudad de Querétaro, en la que anunciaba su venida y los exhortaba á que olvidaran los desagradables sucesos de 1823, y que sólo vieran en él al soldado mexicano que marchaba á la frontera, á recibir una vez más en su cuerpo las balas extranjeras en defensa de la integridad de la Nación.

El pueblo potosino, siempe noble y generoso, abrió los brazos á su antiguo opresor, y lo recibió como al hombre escogido por la providencia para salvar el honor de la patria.

Los vecinos á porfia, adornaban las fachadas de las casas con ricas, elegantes ó limpias colgaduras y macetas. Un repique general á vuelo, disparos de cañón y millares de cohetes que llenaron el espacio, anunciaron á la ciudad que el General en Jefe del Ejército de operaciones y la división que traía de México, llegaban á las orillas de la población. Venía á la cabeza de la columna el General de división D. Manuel María Lombardini.

El Gral. Santa Anna entró en carruaje cerrado, acompañado de dos Ayudantes y del Gobernador del Estado, Don Ramón Adame.

Fué directamente al alojamiento que se le tenía preparado, en la antigua casa de Rubio, hoy de Bahansen y C<sup>á</sup>.

Al tercer día de su llegada se fijaron en las esquinas, y circularon con profusión, ejemplares de una hoja impresa suscrita por el Secretario de campaña del Gral. en Jefe, Coronel D. Manuel M<sup>a</sup> Gil, en la que se decía: que deseoso el Exmo. Sr. General en Jefe del Ejército, D. Antonio López de Santa Anna, de saludar personalmente al pueblo de

San Luis, saldria tal dia al balcón de su alojamiento con ese objeto.

La mañana de ese dia sali de mi casa, como de costumbre, para la escuela. En mi itinerario tenía siempre que atravesar diagonalmente la plaza principal, pero encontré á ésta enteramente obstruida por inmenso gentío.

El mozo que me llevaba fué abriéndome camino, conduciéndome de la mano, hasta que con mil trabajos llegamos á poca distancia del alojamiento del Gral.

La plaza, que entonces no tenía más que unas bancas de piedra y ocho ó diez árboles al rededor con arriates de adobe, estaba repleta de gentes de todas clases y condiciones; la torre de la Parroquia, hoy Catedral, la azotea y balcones del Parián, que todavía no tenía el enverjado de fierro y los demás balcones y azoteas del Palacio y de las casas que circundan la plaza, estaban llenas también de las principales familias de San Luis. Toda esa gente esperaba la salida del Gral. Santa Anna al balcón, una parte para conocerlo y la otra para recordarlo, porque después de veintitrés años creía con razón que su fisonomia habria cambiado bastante.

Poco antes de la hora anunciada en los impresos, salieron de la casa de Santa Anna cinco jefes vestidos de riguroso uniforme y montados en hermosos caballos. Abriéndose paso con gran dificultad entre la apiñada multitud, se situó uno en el crucero Norte del Palacio, otro en el de la Cruz, otro en el de la Concepción, otro en el del Parián y el último en el centro de la Plaza al lado de la fuente y obelisco que en aquel tiempo habia allí.

De esos jefes dos eran potosinos, el Lic. D. Alejo Ortiz de Parada y el Teniente Coronel D. Agustín Barragán, dados de alta como ayudantes en el Estado Mayor del Gral. en Jefe.

A la hora señalada salieron á los balcones, llenándolos completamente, muchos Generales y Coroneles luciendo uniformes de gala.

Las miradas del gentío se dirijieron á aquel reluciente grupo, esperando el saludo de Santa Anna para saber cual era entre todos aquellos jefes, que vestían con tanto lujo y esplendor.

Pasados algunos instantes, en que el murmullo popular, se asemejaba á la corriente de un aire impetuoso, el Gral.

Santa Anna, que nadie había reparado en él porque era el que vestía con más sencillez, pues su traje se componía de levita larga de paño gris con botón dorado, pantalón y chaleco del mismo género y sombrero pequeño de paja de Panamá, se descubrió la cabeza y dirigió al pueblo una corta arenga. En el acto que acabó de hablar, el jefe que estaba á caballo al pié de los balcones, se quitó su sombrero montado y en alta voz dijo: "El Exmo. Sr. Gral. en Jefe dice al pueblo potósino....." y repitió textualmente la arenga de Santa Anna. En seguida hizo otro tanto el jefe que estaba en el crucero de la Cruz, y después los demás jefes que estaban apostados con el mismo objeto, siendo el último el que se encontraba en el centro de la plaza.

Santa Anna había permanecido descubierto, lo mismo que los demás personajes que lo acompañaban, y al concluir de hablar el último de los jefes referidos, saludó al pueblo con el sombrero, victorió en alta voz á la República, al Ejército Mexicano y al Estado de San Luis, retirándose luego del balcón en medio de estrepitosos gritos de la multitud que lo vitoreaba y secundaba sus *vivas* con frenético entusiasmo.

La división que el Gral. <sup>\*\*\*</sup> Santa Anna trajo de México, se componía de 3,000 hombres.

El día 26 del mismo octubre llegó el Gral. D. Pedro Ampudia, con las tropas que traía de Monterrey en número de 4,000; los que unidos á los de Santa Anna hacía un total de 7,000 soldados que fué el pié del ejército que organizó en San Luis aquel Gral., para marchar al encuentro de los invasores.

Inmediatamente que se reunieron en San Luis las dos divisiones, dirigió Santa Anna una circular á los Gobernadores de los Estados, manifestándoles con entera franqueza que la división existente en esta plaza, compuesta de 7,000 hombres, era todo con lo que contaba para defender el territorio nacional; que no esperaba más auxilio del Gobierno de México, porque éste ya no podía proporcionarlo, que también carecía de recursos pecuniarios que al mismo Gobierno le era imposible remitirle, agotado como había sido el último préstamo, en los gastos de las revoluciones de agosto y diciembre, y concluía excitando el patriotismo de los Gobernadores de los Estados, para que

le enviaran tropas y dinero, á fin de organizar un ejército competente para contener los avances del enemigo.

San Luis correspondió á esa excitativa, poniendo á disposición del Gral. en Jefe del Ejército, todos sus recursos. En menos de diez días dió el primer contingente de sangre, que ascendió á 2,000 hombres. Los empleados de la lista civil, no percibieron ni un centavo por sus sueldos del mes de noviembre. Todos los ingresos se remitieron á la Comisaria General del Ejército, y al darles cuenta de esta determinación, no sólo estuvieron conformes con ella, sino que contestaron cediendo el 10, el 20 y hasta el 40 por ciento de los haberes correspondientes al inmediato diciembre, si las necesidades públicas no exijan que fuera otra vez en su totalidad; al mismo tiempo la Legislatura impuso un préstamo de cincuenta mil pesos, que á las veinticuatro horas estaba en las cajas de la Comisaria, sin apremio ni amenazas. Había varios cañones de 16 y de 24 sin cureñas y las de otros estaban en muy mal estado. El Gral. en Jefe dispuso que el Capitán de artillería D. Carlos Palafox, fuera á buscar la madera necesaria para construir las en las Haciendas inmediatas. Los dueños de las fincas dieron toda la que escogió el indicado oficial y por su propia cuenta la trasportaron á San Luis.

Creyendo el General Santa-Ana que el ejército invasor avanzaría al interior de la República, dispuso fortificar la plaza de San Luis, comisionando al Gral. Mora y Villamil, para que hiciera el trazo de la circunvalación. El perímetro que debía fortificarse se extendía por el Sur hasta el Santuario de Guadalupe donde se construiría una ciudadela, quedando el templo dentro de trincheras, y por el Norte hasta la margen derecha del río de Santiago quedando también el templo de ese pueblo y el de Tlaxcala, dentro de la fortificación.

Para abrir los respectivos fosos en esa extensa línea, había que derribar muchas habitaciones de los vecinos de esos barrios, entonces Villas, y que destruir huertas y cercas en considerable cantidad: y aquellos hombres que en 1823 fueron tan ultrajados por Santa-Ana, que les mandó sus batallones y escuadrones á que impunemente los asesinaran en sus mismos hogares, quedando éstos y las calles regadas de cadáveres y las familias sumergidas en el dolor y la miseria, olvidaron los agravios y perjuicios que

de su mano habían recibido, depusieron sus sentimientos ante el peligro que corría la independencia de la Patria, y viendo en su antiguo verdugo y ofensor al hombre destinado por la Providencia para reivindicar los derechos de México, ocurrieron en masa á ofrecerle gustosos sus pequeñas propiedades y trabajos personales para las obras de la fortificación, sin exigir indemnización de ninguna clase: y era un acto verdaderamente conmovedor ver á aquellos patriotas hijos de Santiago y Tlaxcala con la barra y el azadón destruyendo ellos mismos sus hogares y abriendo los fosos á través de sus sembrados y de sus huertas, que eran el único patrimonio con que contaban para mantener á sus familias.

Cuando el Señor Gobernador del Estado, Licenciado Dn. Ramón Adame, excitó el patriotismo de los habitantes de San Luis y Villas suburbias para que contribuyeran con dinero, víveres y provisiones de todas clases al sostenimiento del Ejército, se establecieron oficinas colectoras en los cuatro vientos de la ciudad. Allí ocurrieron espontáneamente los hijos de San Luis llevando maiz, frijol, arroz, leña, carne, plomo, cobre, dinero, etc., etc. y cuando ya había una cantidad regular de esos donativos, el pueblo los llevaba á la proveeduría en carros, carretas, y en canastas, conduciéndolos en procesión con alegres músicas y cohetes, vitoreando á la Nación y á San Luis Potosí.

Algunos Estados de la República enviaron su contingente de sangre, pero no de dinero, por causas que no conozco. A mediados de diciembre recibió el Gral. en Jefe los últimos recursos pecuniarios que el Gobierno de México pudo remitirle, y desde entonces hasta la salida del Ejército para la frontera, San Luis Potosí fué el único que lo mantuvo. Con los contingentes de sangre de la República, y el que incensantemente daba San Luis, subió el Ejército á la respetable cifra de 20,000 hombres, siendo 7,500 los que dió el pueblo potosino. Al primer préstamo de \$50,000 siguieron otros y otros, calculándose en \$800,000 la cantidad que el Estado invirtió en sostener al Ejército el mes y medio que el Gobierno de México lo tuvo abandonado en la Ciudad de San Luis.

No hubo un Partido del Estado que no levantara un batallón, escuadrón ó dos ó tres compañías de soldados para concurrir á la guerra. Se improvisaron coroneles y Jefes

de tropa que jamás habían pensado en servir en la carrera militar, pero que las circunstancias en que se encontraba la Nación los hizo salir del gabinete, del mostrador, de los talleres y de los trabajos del campo para tomar el fusil ó la espada y aumentar el número de los defensores de la República.

El clero de San Luis se portó bien en aquellas críticas circunstancias; algunos de sus individuos se agregaron á las filas del ejército, y otros marcharon como capellanes de los cuerpos.

Los superiores publicaron una arenga al pueblo excitándolo á que tomara las armas en defensa de la integridad del territorio. Esa excitativa fué firmada por las siguientes personas:

Sr. Cura de San Luis, D. Manuel Díez.—Provincial de S. Francisco, Fr. Manuel Navarrete.—Guardián del mismo convento, Fr. Ignacio Sampayo.—Prior. de San Agustín, Fr. Blas Enciso.—Prior. del Carmen, Fr. José de San Alberto.—Comendador de la Merced, Fr. Félix Rosa Angel, y Cura de San Sebastián, Don Primo Feliciano Castro.

Estos Sres. y los demás sacerdotes que de ellos dependían, dirigían al pueblo diariamente, desde la cátedra sagrada, patrióticas exhortaciones para que defendieran la honra y la dignidad de la Patria.

Hago especial mención del pueblo de Guadalcázar, donde se formó un cuerpo de caballería á las órdenes del Sr. D. Camilo Bros, porque la arenga conque el cura párroco de aquel lugar lo despidió, me parece digna de que vaya á las cajas de la imprenta, ya que entonces no se le dió publicidad.

Yo conservo una copia del original que me hizo favor de regalarme el Sr. Bros.

Dice así:

“El Cura Párroco de Guadalcázar, á sus dignos feligreses al salir á la campaña.

*Guadalcázarenses:* Ha sido invadida nuestra Nación por la de los Estados Unidos, y en contra de todos los derechos, se nos ha declarado la más injusta de todas las guerras.

Los pérfidos é inmorales Yankees han hecho correr la sangre de nuestros hermanos. Las madres, esposas, hijas y hermanas de nuestros hermanos, han sido violadas y ase-

sinadas, los ancianos pacíficos y los indefensos niños, han muerto atravesados con las espadas de nuestros ambiciosos conquistadores, las poblaciones saqueadas, destruidos y talados los campos y consumidas las abundantes mieses de nuestro fértil país; y al ver estos estragos ¿Quién es aquel que no se enciende de coraje? ¿Quién será aquel que no intente una justa venganza? ¿Quién, repito, será aquel que no desee escarmentar á unos hombres que, haciendo alarde de una libertad que jamás conocieron, intentan esclavizar á los mexicanos que adquirieron la independencia con la sangre de valientes y heroicos guerreros?

La Nación Mexicana se ha levantado gritando ¡Venganza! y á los vecinos de Guadalcázar, como más inmediatos al peligro, les toca marchar los primeros.

*Señores Jefes y Oficiales:* Os veo con envidia, y en estos momentos quisiera más ceñir el tahalí que la estola. A la cabeza de los vecinos de este suelo, vais á recoger coronas inmortales, pues son dóciles, son valientes, son intrépidos.

*Soldados:* Ya conocéis á vuestros Jefes que os van á guiar por el camino de la inmortalidad. En este lugar no se cultiva el olivo, símbolo de la paz; pero si el mirto y el laurel con que se tejen las coronas para aquéllos que defienden su patria, sus hogares.

Nuestros invasores han publicado en el Saltillo un bando, para que sean juzgados como ladrones los mexicanos que se defiendan. Esta es la mayor de las infamias; ellos son hambrientos bandidos, y á nosotros nos dan tal nombre porque defendemos nuestros derechos. ¡Vendiquemos nuestro honor!

Asististeis ya al Santo sacrificio que por vosotros se ofreció en el altar. El Señor de los Ejércitos os será propicio y su brazo omnipotente os escudará; el Dios de la Justicia os la hará, sed piadosos, que vuestra buena conducta os haga merecedores del triunfo

Marchad, marchad en hora buena; vuestros hijos, vuestros tiernos é inocentes hijos los adopto por míos; haceos merecedores de los halagos y caricias de vuestras esposas é hijas, y de la gratitud de vuestros paisanos que ya por la edad ó por el empleo, no les es permitido acompañaros, pero que os admiran y os ven con emulación y entusiasmo.

Guadalcázar, Enero de 1847.—*Francisco Jorrín.*”

Además del contingente de 7,500 hombres que el Estado de San Luis dió para el Ejército de operaciones, la Legislatura decretó la organización de otros seis mil de guardia nacional móvil y sedentaria, de los cuales debería haber constantemente sobre las armas dos mil quinientos mientras durara la guerra extranjera. De estos cuerpos fueron jefes personas acomodadas de la ciudad ó altos funcionarios.

El día 14 de enero de 1847 empezaron á salir de San Luis las brigadas de caballería: la del General Don Vicente Miñón se situó en la Hacienda del Potosí; la del General Andrade en el Cedral; la del General Juvera en el Venado, y la del General Torrejón en la Hacienda de Bocas. El día 28 emprendió la marcha toda la artillería con sus trenes y material de guerra, el batallón de zapadores y la compañía de San Patricio; del 29 al 1° de febrero salieron las brigadas de infantería y el día 2 el General en Jefe Don Antonio López de Santa Anna, con su Estado Mayor.

En ese tiempo se usaba mucho una canción popular que se llamaba el ¡Adiós! puesta en tono menor.

Todas las músicas militares y de cuerda tocaban la sonata en los casos oportunos. Los cuerpos del ejército, cuando salían de una población para otra, se despedían de la que dejaban tocando las bandas el ¡Adiós! en la última serenata y al salir de la ciudad hasta pasar las últimas casas; y si en todas ocasiones, esa tierna despedida hacia llorar á las familias, á las novias y á los amigos que dejaban los militares, los días que las brigadas del Ejército de operaciones salieron de San Luis echando sus músicas al aire las tristes notas del popular ¡Adiós! se vieron en nuestra ciudad escenas que impresionaban al más indiferente.

Muchos de los Generales, Jefes y Oficiales, habían hecho venir sus familias á San Luis de los distintos puntos de la República donde tenían su residencia, algunas siguieron á sus jefes á la campaña, y otras se quedaron en San Luis en espera del regreso del Ejército. Todas esas familias, en su larga permanencia en esta ciudad, habían adquirido más ó menos relaciones de amistad, y los oficiales solteros, en los que había un buen número de jóvenes bien educados y de buenas familias, habían cultivado relaciones en nuestra sociedad, y como era natural, habían conquistado algunos corazones.